

MANUEL MARTÍN FERRAND

Un artículo en 'Egin'

En España, tanto para el bien como para el mal, hay hombres cuya sola mención genera escalofríos y temores en las esferas de todos los poderes.

Se trata, unas veces, de locos peligrosos; algunas, de golfos crónicos; en ocasiones, de acérrimos de su propia independencia; otras, de resentidos con prisas de venganza, y hasta se dan casos de personas de bien, clarividentes y anticipadoras de lo que se nos avecina. Aquí, por alguna de esas razones, no se puede citar impunemente a Mario Conde, Javier de la Rosa, José María Ruiz Mateos o, cambiando el signo, a Antonio García Trevijano, Camilo José Cela o Paco Umbral.

Uno de esos nombres impronunciables si no se desea alterar la dirección de la gente *políticamente correcta* es el del coronel Amadeo Martínez Inglés, que, ayer mismo, publicaba en el diario 'Egin' un artículo titulado de esta inquietante manera: "Y el Rey, ¿qué sabía de los GAL?"

La resistente contumacia de Felipe González, amparada por la *prudencia* crónica de los grandes grupos de la oposición, está alargando en peligrosa demasia el espectáculo de las esferas de corrupción que circundan al poder. Tiene ello, entre

otros efectos perniciosos, el de ir erosionando el prestigio y la aceptación popular de las grandes instituciones del Estado e, incluso, la figura y la imagen de Don Juan Carlos. Hasta podría pensarse, si se piensa mucho y mal, que Felipe González pudiera estar preparando

—por si acaso— una salida a lo Largo Caballero en 1933.

El artículo de Martínez Inglés no es para el escándalo. Su valor, que es el que llama mi atención, es el del síntoma. Publicado en una tribuna más fría —menos marginal— pasaría inadvertido o, al menos, suavizado. El coronel le reprocha al Rey su ignorancia en el asunto GAL y, en caso contrario, su pasividad ante un asunto que, dice, cae de lleno en la responsabilidad del jefe de las Fuerzas Armadas.

Entra de lleno la cosa en la tradición militar española. Durante todo el XIX, los mejores militares —generalmente avanzados en sus ideas— fueron motor de la modernidad, escasamente conseguida, en nuestra convivencia. La Unión Liberal de O'Donnell, el Partido Progresista de Narváez o la potente personalidad de Espartero son mimbres básicos en la cesta nacional.

Ahora, tras el letargo previo a la Constitución, hemos perdido la costumbre de la opinión política de la milicia. Lástima es que se recupere desde la marginalidad y a propósito de asuntos que, en sí mismos, comprometen la dignidad del Estado. Lástima es también que ello sirva para derivar responsabilidades desde la presidencia del Gobierno, eje y guía de la corrupción y del *galismo*, a la Jefatura del Estado. Pero, a fin de cuentas, no es más que una muestra de normalidad. La libertad, no conviene olvidarlo, es la finalidad de la Democracia. Las listas cerradas, los fondos reservados o los GAL son episodios en la democracia. Nunca de la democracia.

